

Educación Médica y Poesía

Antonio G. García

Profesor Emérito Universidad Autónoma de Madrid

En sus clases, don Juan Estremera, mi profesor de lengua y literatura españolas en el murciano Instituto de Bachillerato Alfonso X el Sabio, tenía por costumbre pedir a los alumnos que leyeran un fragmento en prosa o una poesía de algún escritor. Un día que explicaba el arte poético del soneto, sus orígenes, su métrica, ritmo, cadencia y rima de sus catorce versos, me pidió que subiera a la tarima, cerca de la mesa del profesor, para leer un delicioso soneto del Renacimiento Español. Dominando el manojo de nervios que me invadía, yo, quinceañero por entonces, di lectura a un soneto de Garcilaso de la Vega:

En tanto que de rosa y de azucena se muestra
la color en vuestro gesto, y que vuestro
mirar ardiente, honesto, con clara luz la
tempestad serena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto por el
hermoso cuello blanco, enhiesto, el viento
mueve, esparce y desordena:
coged de vuestra alegre primavera el dulce
fruto antes que el tiempo airado cubra de
nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado, todo lo
mudará la edad ligera por no hacer mudanza
en su costumbre.

Don Juan me rogó que dijera a la clase el significado del poema. Creo recordar que di una vaga explicación, que no debió parecerse a la sucinta y clara lectura que, 50 años después, hiciera mi alumna de tercer curso de medicina de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), Ángela Gutiérrez Rojas, en el volumen I del "Recetario Poético de los Estudiantes de Medicina de la UAM, de este estupendo soneto:

<<Quizás en el S. XVI ya había quien pensaba que pasar por la vida como zombies no es una

opción, sino que cada día despertamos invitados a vivir como queremos y a entregarnos en cada detalle o actividad, por rutinaria que sea. Echar fuera lo que sobra, poner a examen lo que nos preocupa y dejar únicamente lo esencial: aquello que nos hace sentir vivos. Parar un momento, coger aire, buscar aquello que nos falta y rechazar todo lo demás. Vivir sin pasar de largo.>>

Lo que sí recuerdo es que mi idea de la vida, la belleza, la inquietud por la palabra castellana bien dicha y mi voracidad lectora, tuvieron un antes y un después de aquella experiencia literaria. El profesor Juan Estremera despertó en mi el gusanillo de la escritura y ya, desde los 15 años, no paré de rellenar cuadernos de notas, mezclando datos de mis experimentos con comentarios "literarios" de todo lo que se ponía al alcance de mi cabeza.

Tras mi bachillerato murciano, comencé mis estudios de medicina en el entonces espléndido Campus de la madrileña Universidad Complutense. Mis paseos por los boscosos jardines de la Ciudad Universitaria despertaron en mí todo tipo de sentimientos y emociones. Con mis amigos de Molina de Segura, que vivíamos en pensiones y pisos compartidos por la zona de Argüelles y Moncloa, celebrábamos recitales poéticos a los que invitábamos a algunas estudiantes, particularmente de la Facultad de Filosofía y Letras. En los años sesenta del siglo XX, en Medicina escaseaban las féminas.

Durante los veranos de quinto y sexto curso me enrolé en la Milicia Universitaria; por entonces, los estudiantes universitarios podíamos hacer el obligatorio servicio militar en dos periodos veraniegos de vacaciones, para así no perder un curso. Pasé dos duros pero inolvidables veranos en el Campamento El Robledo, cerca de La Granja de San Ildefonso.

Por la noche, tras la cena, algunos compañeros de distintas facultades nos reuníamos al aire libre a la puerta de las circulares tiendas de campaña en las que dormíamos, en jergones, doce “caballeros militares universitarios”. Recuerdo una canción, acompañada de guitarra, que cantaba un compañero de derecho creo recordar que de apellido Salcedo, que actualmente la escucho con frecuencia, interpretada por el grupo chileno Los Charchaleros:

Sapo de la noche
sapo cancionero
que vives soñando junto a tu laguna
tenor de los charcos
grotesco trovero
que estás embrujado de amor
por la luna.

Yo se de tu vida
sin gloria ninguna
se de la tragedia
de tu alma inquieta
y esa tu locura
de adorar la luna
que es locura eterna
de todo poeta.
Sapo cancionero
canta tu canción
que la vida es triste
si no la vivimos
con una ilusión.

Tu te sabes feo feo
y contra hecho por
eso de día
tu fealdad ocultas
y de noche cantas
tu melancolía
y suena tu canto
como letanía.

Repican tus voces
en franca porfía
las coplas son vanas
como son tan bellas
no sabes acaso
que la luna es fría
porque dio su sangre
para las estrellas.

Medio siglo después de aquella aventura militar, en el Recetario II, Almodena

Vallespín, alumna de sexto curso de medicina de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), comentaría esta canción poética en los siguientes términos:

<<En este tema del grupo cantautor chileno Los Charchaleros, siempre he visto una clara alegoría de lo que es el amor platónico. Ese amor desencontrado, que nos avergüenza, inalcanzable, del que nos sentimos indignos, el propio de los poetas, de los artistas, de los que en parte se gozan en la propia desgracia, pues es irremediable inspiración para sus creaciones. Cada elemento de la canción-poema representa un elemento de esta relación de amor platónico.

Aquí la luna representa el objeto del amor, la persona o ideal inalcanzable. Por ser tan bella y tan lejana. Por no poder amarla, porque “es fría /porque dio su sangre para las estrellas”, es decir, porque no le corresponde a uno. Amarla es un embrujo, una locura. El sapo es el amante, el que se siente indigno “feo y contrahecho”, el que ama lo inalcanzable, el “poeta”. Y es que siempre, a lo largo de toda la historia, los poetas se han caracterizado por este amor desgarrado, desesperado, irracional, improductivo.

La laguna, aquel lugar en el que se haya el sapo, podría representar la poesía del poeta sobre la que se vuelca, al no poder volcarse sobre el objeto del amor, siempre aferrado a ella. O, si lo ampliamos a cualquier tipo de artista su creación artística la que sea. Vemos que el sapo se siente feo, vemos la locura de ese amor sin sentido, lo bellas que son sus coplas, la belleza que surge de este inservible amor, no tan inservible después de todo.>>

El oriolano poeta-pastor Miguel Hernández me había llegado hondo cuanto conocí su poesía en los años sesenta, en plena efervescencia universitaria, con la policía (en las canciones-protesta les llamábamos “los grises”, por el color de su uniforme), a caballo o entrando en las Facultades de la Complutense para disolver las asambleas estudiantiles que clamaban por la democracia al final de la dictadura franquista. En el Campamento Militar el Robledo, aquella noche del verano de 1968, yo podría haber recitado alguna de las maravillosas poesías líricas de Miguel Hernández que sabía de

memoria: “Las nanas de la cebolla”, “El niño Yuntero”, “Te me mueres de casta y de sencilla”, o “Tus cartas son un vino”. Sin embargo, enfervorizado por el ambiente represor político y militar, o quizás inconscientemente para exhibir mis cualidades de expresión poética ante mis compañeros de milicia, recité la poesía épica “Vientos del pueblo”:

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos: los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos no trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Por entonces, Miguel Hernández estaba prohibido; durante la fatídica Guerra Civil Española había luchado en el bando republicano y simpatizaba con el comunismo. No es extraño, pues, que, a la mañana siguiente el teniente de mi compañía-42 me llamara a su tienda, pues ya sabía que había recitado los “Vientos del Pueblo” la noche anterior. Allí se sabía todo pronto; los “vigilantes chivatos” estaban a la orden del día. Me dijo que me iba a abrir un expediente para expulsarme de la milicia e hiciera la mili normal en un centro de instrucción de reclutas. Le comenté que mi intención al recitar la poesía no era política y que esa poesía de Miguel Hernández retrataba, como ninguna, las virtudes de los españoles de las distintas regiones de España:

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpago,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.

El teniente, tras sus amenazas, debió sentir en el fondo cierta simpatía por la poesía de Miguel Hernández y me dejó marchar con la advertencia de que eligiera poetas del Siglo de Oro, u otros más recientes cuyo mensaje fuera amoroso, para las veladas de noches sucesivas.

Tras hacer mi doctorado en la Complutense y mi posdoctorado en la Universidad de Nueva York, trabajé como profesor e investigador en las universidades de Valladolid y Alicante y recalé, finalmente, en la UAM, en donde he ejercido la mayor parte de mi vida profesional. Un día de no sé qué año, cinco minutos antes de finalizar mi clase sobre la farmacología de la digital, pedí a un alumno que leyera una poesía de Antonio Machado al resto de sus 200 compañeros de clase:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino:
se hace camino al andar.

Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Durante años, había acariciado la idea de introducir la poesía en el marco de mis actividades docentes; sin embargo, no me atreví a hacerlo hasta aquel día, quizás a finales de los ochenta del siglo XX, en la Facultad de Medicina de la UAM. Cuando el alumno concluyó la lectura del poema, la clase se lo agradeció con un aplauso cerrado. Ello me animó a impregnar de poesía, gradualmente, todas mis actividades educativas de pregrado y posgrado.

Así, los estudiantes que preparaban con mi tutela los seminarios de farmacología en tercer curso, o los seminarios de farmacología clínica en sexto curso, o los trabajos de investigación para presentar en el Minicongreso de Farmacología, finalizaban sus presentaciones con la lectura de una poesía. Hace unos años, al finalizar su presentación en el Minicongreso, con el aula de La Pagoda abarrotada, la estudiante de tercer curso Laura García Aguilar se atrevió a dar lectura a la excelente poesía “No te rindas”, del uruguayo Mario Benedetti:

No te rindas, aún estas a tiempo
de alcanzar y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
liberar el lastre, retomar el vuelo.
No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje, perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo,
correr los escombros y destapar el cielo.
No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se esconda y se calle el viento,
aun hay fuego en tu alma,
aun hay vida en tus sueños,
porque la vida es tuya y tuyo también
el deseo,
porque lo has querido
y porque te quiero.
Porque existe el vino
y el amor, es cierto,
porque no hay heridas

que no cure el tiempo,
abrir las puertas quitar los cerrojos,
abandonar las murallas
que te protegieron.
Vivir la vida y aceptar el reto,
recuperar la risa, ensayar el canto,
bajar la guardia y extender las manos,
desplegar las alas e intentar de nuevo,
celebrar la vida y retomar los cielos,

No te rindas por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se ponga y se calle el viento,
aun hay fuego en tu alma,
aun hay vida en tus sueños,
porque cada día es un comienzo,
porque esta es la hora
y el mejor momento,
porque no estás sola,
porque yo te quiero.

Pero si fue emocionante para mí escuchar el recital de Laura, lo fue más el comentario que, sobre este poema, haría ella más tarde en el Recetario I:

<<Este poema trata de una actitud frente a la vida basada en la superación personal. La esencia de estos versos reside no tanto en un positivismo permanente, o en la creación de una coraza que nos aisle de todo sentimiento, sino en considerar los eventos negativos como experiencias. La vida es una constante alternancia de abrumadora felicidad e infinita tristeza, ambas necesarias para darle sentido a nuestra existencia. Por ello, debemos ser capaces de sobreponernos y, como dice Benedetti: “Abandonar las murallas que te protegieron, vivir la vida y aceptar el reto”>>

También extendí esta actividad poética a las reuniones anuales que en diciembre celebramos el Grupo Español de Neurotransmisión y Neuroprotección (Red de Investigadores GENN) así como en la Escuela Teófilo Hernández de Farmacología, que desde 1996, organizamos Luis Gandía y yo en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en el espléndido Palacio de la Magdalena de Santander. En julio de 2003, la Universidad Menéndez Pelayo celebraba su 75 aniversario y estaba sobrecargada de actividades; por ello, ubicó nuestra Escuela en el Museo Marítimo

de Santander, lejos del bullicio del sobrecargado Campus de La Magdalena. Fue todo un acierto ya que estábamos solos, rodeados de peces; así, alumnos y profesores pudimos aprender y enseñar en un ambiente informal y con una extensa comunicación. A lo largo de la semana, como ya era habitual en ediciones anteriores de la Escuela, invité a algunos estudiantes para que, al final de las clases, recitaran alguna poesía. En el acto de clausura de la Escuela, la vicerrectora profesora Virginia Maqueira que lo presidió, quedó vivamente sorprendida por el hecho de que incluyéramos en una Escuela de ciencia la poesía. En dicho acto, la entonces estudiante de medicina de la UAM Elena Planas Berilo, que pertenecía al Grupo de Teatro de la Facultad de Medicina, recitó el Poema número XX del libro “Veinte Poemas de Amor” de Pablo Neruda:

“PUEDO escribir los versos más tristes
esta noche.
Escribir, por ejemplo:
“La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos”.

El viento de la noche gira en el cielo y canta.
Puedo escribir los versos más tristes
esta noche.

Yo la quise, y a veces ella también me quiso.
En las noches como ésta la tuve
entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.
Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos
fijos.
Puedo escribir los versos más tristes
esta noche.
Pensar que no la tengo.
Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.
Qué importa que mi amor
no pudiera guardarla.

La noche está estrellada
y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos. alguien canta.
A lo lejos.

Mi alma no se contenta con haberla perdido.
Como para acercarla mi mirada la busca.

Mi corazón la busca,
y ella no está conmigo.
La misma noche que hace blanquear
los mismos árboles.

Nosotros, los de entonces,
ya no somos los mismos.
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la
quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.
De otro. Será de otro.
Como antes de mis besos.

Su voz, su cuerpo claro.
Sus ojos infinitos.
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la
quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.
Porque en noches como ésta
la tuve entre mis brazos,

mi alma no se contenta con haberla perdido.
Aunque éste sea el último dolor
que ella me causa,
y éstos sean los últimos versos
que yo le escribo”

Elena recitó el poema con tanta ternura y sensibilidad que nos emocionó profundamente. De hecho, el profesor Patrick du Souich de la canadiense Universidad McGill, y su esposa, me comentaron que se les saltaron las lágrimas escuchando a Elena. A mi también.

Poco a poco fui percatándome de que los estudiantes acogían con naturalidad esta inusual herramienta pedagógica. Por ello, un día se me ocurrió invitar a una veintena de estudiantes de mi grupo de seminarios a ver “La Vida es Sueño” de Pedro Calderón de la Barca, interpretada por la Compañía Nacional de Teatro Clásico. La gran actriz Blanca Portillo bordó el personaje de Segismundo, declamando los afamados versos de una de las obras más universales del teatro del Siglo de Oro español. Cuando Blanca Portillo, saliendo lentamente de su prisión, por una trampilla del suelo del escenario, con la luz iluminando su rostro dolorido, recitó el afamado frag-

mento quejumbroso del desheredado Príncipe de Polonia, Segismundo, no se oía ni la respiración del público que abarrotábamos el teatro:

Es verdad, pues:
reprimamos esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos.
Y sí haremos,
pues estamos en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña, que el hombre
que vive, sueña lo que es,
hasta despertar.

Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso,
que recibe prestado, en el viento escribe
y en cenizas le convierte
la muerte (¡desdicha fuerte!):
¡que hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí,
destas prisiones cargado;
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Cuando finalizó la obra, fuimos a tomar un café en una cafetería junto al teatro y casualmente coincidimos con Blanca Portillo, con la que hablamos sobre su papel de Segismundo, interpretado por una mujer. Nos contó su vivencia del personaje, con el que se identi-

caba al ciento por cien una vez que aparecía en el escenario, emergiendo de su “cueva” por una trampilla. Fue una experiencia inolvidable para los alumnos, para el profesor Fernando Padín que colaboró conmigo unos años en los seminarios, y para mi.

Tras esta maravillosa experiencia teatral, que luego repetiría con otras promociones de estudiantes, se me ocurrió reclutar a un puñado de estudiantes para formar el Grupo de Poesía de la Facultad de Medicina de la UAM. Con unas pastas y galletas en mi despacho de la Facultad o, esporádicamente, en cafeterías de Madrid (Café Gijón, Café Colón, Café Comercial, Café de Oriente, Mallorca...) fuimos seleccionando poesías que comentaba cada alumno. Al grupo se incorporó pronto el doctor José Luis Aranda Arcas, compañero de promoción en Medicina de la Complutense, internista y poeta. Hacía tiempo que José Luis me enviaba los preciosos sonetos que componía y por ello le invité a formar parte del Grupo. Los estudiantes le acogieron con calor, ya que fue un estímulo para los críticos y animados debates. Así, al cabo de dos años, disponíamos de un largo centenar de poesías comentadas por alumnos, que recogimos en un libro, el “Recetario Poético de los Estudiantes de Medicina de la UAM”.

Aunque la mayoría de las poesías habían sido seleccionadas por estudiantes, y alguno de los poemas fue compuesto por ellos, incluimos también algunas poesías seleccionadas y comentadas por profesores y personal de administración y servicios. La colaboración en labores de coordinación, mecanografiado y maquetación de María Fagoaga Torija, secretaria del Instituto Fundación Teófilo Hernando, fue fundamental para la edición del Recetario. Además, María incluyó alguna poesía comentada por ella fue posible gracias al apoyo del decano, profesor Juan Antonio Vargas y del director de la Fundación Teófilo Hernando, don Arturo García de Diego, que financiaron a partes iguales la edición del Recetario. Como puerta de entrada al Recetario, y para incitar a su lectura, incluimos un sugerente soneto de José Luis Aranda:

“Quien supiera escribir en poesía,
me pregunto mil veces a la espera
de encontrar aquel verso que le diera,

al lenguaje elegancia y armonía.
Quien supiera escribir al blanco día,
al olmo seco, verde en primavera,

al amor que camina con la hoguera,
y esperar que la rima te sonría.

Elegimos la voz de la receta,
aprendimos a usar el formulario;
mas no podremos alcanzar la meta,

si no hacemos subir a este escenario
el cántico de todos los poetas,
que aparecen en este Recetario”
Mi actividad en educación médica, que dura
casi medio siglo, me ha proporcionado un
sinfín de satisfacciones. Destaco dos ané-
dotas, que me llegaron muy hondo. Una se
relaciona con una breve pero profunda Rima
de Gustavo Adolfo Bécquer:

“Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto..., la he visto y me ha mira-
do... hoy creo en Dios!”

de la que hice el siguiente comentario en el
Recetario I:

“Paseando por las estrechas calles de un ba-
rrio poco visitado de Toledo, me detuve en
una placita en la que había una placa
grande en una pared. Recordaba la estancia
en Toledo del poeta romántico sevillano Gus-
tavo Adolfo Bécquer. En esa placa se leía esta
breve rima de Bécquer. En el marco de uno
de los Minicongresos de Farmacología, los es-
tudiantes y algunos profesores celebrábamos
una comida de clausura en un Restaurante
cercano a la Facultad. En los postres, algunos
estudiantes se subieron a una mesa y comen-
zaron a sesión poética, pues cada vez que lo
intentaba volví a gritar “García poesía”. Les
conté la historia de Bécquer y sus paseos por
la plaza toledana en donde una bella joven,
semiescondida tras una celosía, le veía pasar
cada tarde sin prestarle atención. Un día, la
joven le miró y Bécquer, preso de una felici-
dad inenarrable, la eternizó con una breve
rima: <<Hoy la he visto; / la he visto y me ha
mirado. / ¡Hoy creo en Dios>>. No existe
emoción más intensa y universal que la del
sentimiento del amor. Pocas palabras basta-
ron a Bécquer para definirlo: << Hoy la tierra

y los cielos me sonríen,/ hoy llega al fondo de
mi alma el sol...>>. Al parecer, la joven que
inspiró ese profundo amor a Bécquer era una
novicia que más tarde tomaría los hábitos de
monja. Romanticismo al más puro estilo de la
literatura española del siglo XIX, incluyendo
a Larra, Zorrilla, Espronceda y tantos otros.”

La segunda anécdota está relacionada con
los alumnos de mi grupo de seminarios de
tercer curso de farmacología. En la primave-
ra de 2016 invité a los treinta alumnos de mi
seminario de farmacología de tercer curso a
tomar un refrigerio en la Cervecería Alema-
na y luego nos fuimos al remozado Teatro de
la Comedia, sede de la compañía Nacional
de Teatro clásico. Allí escuchamos la precisa
palabra castellana del actor Carmelo Gómez,
interpretando a Pedro Crespo, el alcalde
de Zalamea de Pedro Calderón de la Barca:

“Al rey, la hacienda
y la vida le has de dar.
Pero el honor es patrimonio del alma,
y el alma solo es de Dios”.

Al salir del teatro pregunté a los alumnos si la
palabra honor estaba en el vocabulario y en
las relaciones sociales de las gentes de hoy,
cuatro siglos después de que Lope escribiera
su inmortal obra. Concluimos que el teatro
clásico de nuestro Siglo de Oro reflejaba las
pasiones, virtudes y defectos del ser humano
de aquella época, que son las mismas de hoy.

La experiencia teatral de mis alumnos de-
bió calar en sus corazones pues al finalizar
el curso encontré sobre la mesa un pequeño
cuaderno de notas y una fotografía que nos
habíamos hecho con ellos el doctor Fernando
Padín y yo, en nuestra excursión teatral. En
la primera página del cuaderno los alumnos
recogían la famosa frase del doctor Letamen-
di: <<Gracias por enseñarnos que quien solo
sabe medicina ni de medicina sabe>>. En las
hojas de ese cuaderno cada alumno había es-
crito de puño y letra una poesía de su gusto
y la acompañaba de un comentario personal.
Acomodado en el vetusto sillón de mi des-
pacho, fui leyendo con creciente emoción
las poesías y comentarios de mis alumnos.
Cuando llegué a la poesía de Gabriel Celaya
“Educar”, seleccionada por el alumno Jaime
Garnica, la leí despacio y con atención, pues

la he utilizado como herramienta pedagógica con los alumnos de varias promociones:

Educar es lo mismo
que poner motor a una barca...
hay que medir, pesar, equilibrar...
... y poner todo en marcha.

Para eso,
uno tiene que llevar en el alma
un poco de marino...
un poco de pirata...
un poco de poeta...
y un kilo y medio
de paciencia concentrada.

Pero es consolador soñar
mientras uno trabaja,
que ese barco, ese niño
irá muy lejos por el agua.
Soñar que ese navío
llevará nuestra carga de palabras
hacia puertos distantes,
hacia islas lejanas.

Soñar que cuando un día
esté durmiendo nuestra propia barca,
en barcos nuevos seguirá
nuestra bandera enarbolada.

Al volver la página leí el breve comentario del alumno:

<<Muchas gracias por no solo enseñarnos farmacología sino a pensar, a divertirnos aprendiendo, a formarnos como personas y como médicos. Puede estar orgulloso porque todos nosotros, sus “barcos”, llevaremos siempre su “bandera”>>. En ese momento, en la soledad de mi despacho, rompí a llorar emocionado. Este cuaderno, en el que una treintena de mis estudiantes plasmaron sus buenos deseos para mi etapa jubilar que comenzaba al finalizar el curso 2015-2016, es la mejor recompensa para mi actividad educativa médica de casi medio siglo.

Durante cuarenta años, mi “carga de palabras” ha tenido un contenido equilibrado de fármacos y poesía. Fármacos, para que los estudiantes futuros médicos supieran aplicarlos con certeza para mitigar el dolor y el sufrimiento de sus pacientes. Poesía, para que esos médicos, durante su ejercicio profesional, recuerden que sus pacientes no son sólo máquinas rotas que hay que reparar; son mucho más que eso, son personas.